

Hernán LARA ZAVALA, *Charras*. México, Mortiz, 1990.

Charras es la primera novela de un narrador que ya tenía en su haber dos libros de relatos: *De Zitilchén*¹ y *El mismo cielo*.² La experiencia narrativa de Hernán Lara resulta, pues, consistente, y, si en *El mismo cielo* había conseguido escribir cuentos de una muy buena factura, en *Charras* logra abrir las puertas hacia lo verdaderamente novelesco, es decir, entre otros elementos, a la fábula, como la entendía Aristóteles,³ que hoy se describe como la organización de un conjunto de acciones y/o la historia.

Por medio de varios narradores, *Charras* introduce diversos planos en la narración de un acontecimiento atroz: el asesinato del líder estudiantil yucateco Efraín Calderón Lara, apodado “Charras”.

La complejidad de *Charras* se esconde bajo la apariencia de una novela testimonial, que se vale de una técnica parecida a la que Truman Capote inauguró en su famoso libro *In Cold Blood* (1965) y que originó lo que en los Estados Unidos se llamó “*new journalism*”, con los reportajes, ya famosos, de la revista *Rolling Stone*. Me refiero aquí a la reconstrucción de un suceso, no sólo mediante datos obtenidos de diversas fuentes e integrados después en una narración unilateral, sino a la inclusión de varios puntos de vista, que permiten la coexistencia de focos narrativos distintos. *Charras* escoge, así, ángulos diferentes, versiones de un mismo tema que tejen la historia del desafortunado Efraín Calderón Lara.

La novela comienza con un presente en el que se hace énfasis por medio de dar parte del tiempo que transcurre desde que a Juan Nicolás, casado con una hermana de Charras, lo enteran de que “le están poniendo precio a la cabeza de su cuñado”. Lara Zavala inicia, por lo tanto, con un fuerte acorde, basado en una “realidad” que se legitima por el recurso de apuntar los minutos que pasan: “14:35 Nicolás llega

¹ México, Mortiz, 1981.

² México, Mortiz, 1987.

³ Aristóteles, *Poética*, 1450a y 1459b.

hasta el Guacamayo [...] 19:22 tan pronto Nicolás llega a su casa, saluda a sus dos hijos y llama a Beti aparte..." (pp. 11 y 17). Desde luego, todo esto no es más que una recreación de lo que pudo haber ocurrido antes de que mataran a Charras: alguien alerta a un miembro de la familia y la familia entera se reúne a tratar el asunto, mientras Charras procura tranquilizarlos a todos. Luego vendrán breves *flash backs* de la infancia del líder, para que después el jefe de la policía del estado, un militar y católico observante, se integre al testimonio, testimonio que deviene tan artificioso como el "realismo" de las novelas realistas.

El lector, entonces, presenciara cómo se "cocina" el asesinato de Charras, paso a paso, primero lejos del escenario del crimen, y páginas adentro, reconstruyéndolo con sus variantes.

Con la anexión de noticias periodísticas y luego de informes policiales, se incluye una voz narrativa que "sigue" al asesino, al que nunca se sabe de cierto si le ordenan matar a Charras o si simplemente se le pasa la mano. Esta voz es un *tú*, recurso que aparece como el más literario de todos. Sin embargo, ya se ha dicho que lo testimonial, aunque el caso Charras sea auténtico, es un mero silogismo en un libro de intenso trabajo narrativo, en el que actúa un abanico de formas discursivas: la primera persona utilizada por el gobernador Loret de Mola, las cartas que los familiares de Charras envían a los diarios, los manifiestos y desplegados, las conversaciones telefónicas, etcétera. De hecho, es una multitud la que cuenta el asunto de Charras.

Desde un principio, al lector se le entera de que Charras habrá de morir. De hecho, ha muerto de antemano: "Evaristo Poot Cruz, campesino de oficio, lo hallará tirado en la carretera a Chetumal, en el kilómetro 101, el 19 de febrero a las cuatro de la tarde" (p. 51). La tensión no reside en el *¿qué ocurrirá?* (si bien esta pregunta no se la hace un lector de literatura contemporánea, acostumbrado ya a lo que el escritor francés Robbe-Grillet explica así con respecto al *nouveau roman*: "...no es la anécdota lo que desaparece, sino su carácter de certidumbre, su tranquilidad, su inocencia"),⁴ sino en *¿cómo ocurrirá?*

En ese cómo, Hernán Lara echa a andar la organización de conjunto, que va acercándonos rumbo al suceso central: el crimen, hasta detenerse en éste, repetirlo, reinventarlo, para luego cambiar algunos aspectos por otros.

⁴ ROBBE-GRILLET, Alain, *Por una novela nueva*. Seix Barral, Barcelona, 1968, p. 38.

Como quiera que sea, la(s) descripción(es) de la tortura y el aniquilamiento del líder estudiantil yucateco, acaecido en 1974, hace eco de la muerte del héroe clásico. Y así como Aquiles se ceba en el cuerpo inerte de Héctor, lo cual indigna a los dioses, así se ceba el asesino (entiéndase también el autor) en la mutilación del cuerpo de Charras.

Sin duda, el dramatismo es necesario en un libro como *Charras*. La tortura ofrece una sección importantísima de la historia, porque el joven Efraín Calderón Lara fue encontrado, y esto seguramente corresponde a la realidad, de la siguiente manera: “La cara destrozada a golpes, la cabeza fracturada y la dentadura deshecha. Una venda le cubrirá los ojos y la boca. Su cuerpo mostrará piquetes con armas punzantes por todas partes y varias quemaduras de cigarro. Tendrá las uñas de los pies rotas y los testículos mutilados” (*idem*).

Charras personifica al héroe victimado, cosa que debe despertar, esta vez, la indignación del lector, porque el libro que abordo incide, aunque la narración toda se haya fraguado, en la novela-testimonio.

Por otro lado, *Charras* tiene un cometido (y no escribo la ya demodé palabra compromiso), o sea, sacar a colación, a circulación ciertos intrínquilis del poder, como el asesinato político. Quizá sea posible que este crimen se hubiese perpetrado por error, cosa que no clausura el carácter represivo y amenazante de ciertas decisiones tomadas en algunas oficinas gubernamentales.

Muy bien le vino al autor de *Charras* el extraño accidente automovilístico en el que, casi doce años después de la muerte del líder, muere Loret de Mola, el otrora gobernador del estado de Yucatán. Ese suceso no fue justicia divina, se entiende. En cambio, se puede pensar en un ajuste de cuentas, que acaso no haya tenido ninguna relación con el asunto de Charras. Como fuese, las infinitas cuerdas del poder, desde las altas esferas hasta otras menos celestes, juegan su juego. Los motivos de una venganza contra Loret de Mola quedarán enterrados, hasta que no llegue alguien y los literaturice como hizo con Charras Hernán Lara Zavala, o como han hecho Leonardo Sciascia y otros muchos escritores, incluso aquellos de la llamada “novela negra” (Hammett, Chandler, Ross McDonald, etcétera), con personajes y situaciones imaginarios pero parecidos a hechos y personas reales.

Charras es, en resumidas cuentas, una de las novelas mexicanas más fulgurantes de los últimos años. La habilidad de Hernán Lara para concatenar un gran espectro de voces y de discursos, que cuentan la historia del crimen de un joven líder, no se aviene más que a la maestría narrativa, a un cuidado obsesivo de todos los

detalles, que se cruzan y finalmente se unen, no sólo en un fuerte acorde sino en un concierto completo.

Anamari GOMÍS
Universidad Nacional Autónoma de México